

# Revista de Occidente

SEPARATA  
DEL NÚM. 148  
JULIO 1975

*F. Rodríguez Adrados:* **Lenguas  
clásicas  
y educación  
en la España  
contemporánea**

# Lenguas clásicas y educación en la España contemporánea

Es mi intención presentar en estas páginas una pequeña panorámica del momento actual de las lenguas clásicas dentro de nuestra cultura y nuestra educación. El tema es de actualidad, pues está reciente la polémica respecto al papel, hartamente modesto, a que quedan reducidas estas lenguas en el nuevo Bachillerato. Por otra parte, a propósito de esta polémica o dentro de ella, se han oído voces que proclaman los progresos que en el cultivo de las lenguas clásicas ha habido en el período de tiempo que va desde el final de nuestra guerra civil al momento presente.

Trataré de exponer simplemente los hechos o algunos de los hechos, con finalidad más descriptiva que polémica. Y de relacionarlos con todo el panorama en que se mueve nuestra vida cultural y aun la vida cultural europea que, quiérase o no, ha repercutido y repercute ampliamente en nosotros. Pues el hecho dramático que marca el destino de los estudios clásicos en España durante este período consiste en líneas generales en lo siguiente. España, como en otras tantas cosas, llegó tarde al gran movimiento internacional de la Filología clásica y del Humanismo clásico, pero llegó con ímpetu y empeño. Y llegó, esto es lo triste, en el momento mismo en que fuera de España empezaba un declive en el papel de los estudios clásicos, declive que debemos esperar no sea definitivo. En la dialéctica de ese ímpetu ascensional y ese declive se encuentra la clave de una situación de incertidumbre como es la que ahora afrontamos.

los alumnos actuales de nuestras Universidades, todavía. Porque si la lentitud en la aplicación de la Ley de Educación ha supuesto una angustia para la enseñanza de las lenguas clásicas, que veía descender sobre ellas milímetro a milímetro la espada de Damocles de dicha Ley, por otra parte esta lentitud ha hecho posible que el sistema se haya mantenido hasta el momento prácticamente intacto y quede la posibilidad de una recuperación.

Pero volvamos un momento hacia atrás. No sería justo dejar de reseñar que el plan de 1938 se asienta, pese a la diferencia de filosofía, en los avances logrados durante la segunda República española. Hay que recordar, en efecto, el énfasis puesto en el Latín, obligatorio para todos los alumnos durante varios años, en el plan de 1934, el plan Villalobos, en contraste con el anterior plan, el plan Callejo de 1926. Dicho plan preveía incluso la enseñanza del Griego, cosa a que no se llegó por causa de la guerra, pero que ya había experimentado el Instituto Escuela, centro favorito de aquel régimen. Por otra parte, de 1933 data la creación de la Sección de Filología Clásica del Centro de Estudios Históricos, por iniciativa de Menéndez Pidal. Se fundó la revista *Emérita* y se reunió un grupo de estudiosos, entre los que conviene mencionar a los profesores Bonfante, Pabón, González de la Calle, Vallejo, Tovar, Hernando Balmori, Álvaro d'Ors y otros. Este núcleo más los profesores de enseñanza media son la base de que hay que partir para comprender el desarrollo posterior de los estudios clásicos después de 1939.

Convenía recordar esto, también, porque ciertos círculos han adherido y adhieren a los estudios de lenguas clásicas etiquetas reaccionarias que las describen simplemente como continuadoras de una tradición concretísima, a la que ellos vuelven la espalda. Pero la tradición que los estudios clásicos representan es mucho más amplia y general: es, de un lado, la que enlaza con todo nuestro pasado en las edades Media y Moderna, pero va más allá, hasta los fundamentos griegos y latinos de toda la cultura occidental, de casi toda la cultura en realidad.

A través de los clásicos se ha llegado a una idea de lo humano en general; y nunca han sido, cuando se han cultivado con amplitud de espíritu, factor de cierre y obstrucción, sino de apertura. El modelo greco-romano ha sido renovador y fecundo en Literatura, pensamiento, política. Y puede aportar siempre algo nuevo, cuando se le interroga desde puntos de vista históricos diferentes. Tiene siempre algo que decir. Por tanto, una

ruptura con la tradición clásica no puede considerarse como un rechazo de puntos de vista definitivamente superados y perimidos. Una ruptura con los clásicos no es más que el anuncio de algo mucho más temible: una ruptura con las Humanidades en general, con la historia toda, para pasar a modelos del hombre empobrecidos y ahistóricos, por muy racionales que se prediquen. De ahí la importancia de la suerte de las Humanidades clásicas en nuestra cultura. Son un punto sensible, a manera de un monitor que, si se enciende con una luz roja en un tablero de instrumentos, indica el peligro que amenaza a todo el sistema.

Son muchas las visiones del mundo y del hombre concilia- bles con el Humanismo clásico y susceptibles de fecundarse recíprocamente con él; pero todas coinciden con la existencia de lo generalmente humano como algo captable no solo en abstracciones y programas, sino también en modelos literarios y artísticos que continúan siendo en algún modo válidos. Con la idea de que hay algo constante en el hombre y que ese algo ha sido captado por los clásicos en forma que continúa siendo actual y, además, fecunda.

Así, volviendo a la historia de los estudios humanísticos en España, sus cultivadores aunaron una tradición liberal, procedente de la época de la República, con otra más tradicional de los primeros años cuarenta, y cobraron libertad posteriormente para insertarse en el movimiento humanístico universal, en sus más diversas variantes. No es, pienso, oportuno, citar nombres propios hablando de un movimiento al que pertenezco yo mismo. Pero es bien claro que tantos y tantos trabajos publicados en España sobre el pensamiento antiguo —presocráticos, Sócrates, Ilustración del siglo v, Aristóteles, Epicuro, estoicos, humanismo ciceroniano, oposición al imperio, etc.— o bien sobre Literatura —Homero, Lírica y Teatro griegos, Tucídides, poesía helenística, Catulo, Lucrecio, Virgilio, etc.— o sobre otros campos arios de las Humanidades Clásicas, lo que han hecho ha sido tratar de presentar las experiencias de los antiguos a la luz de las nuestras y viceversa y de integrar unas y otras en una común visión de humanidad. Como es cierto que el estudio de autores clásicos en el Bachillerato, en el Preuniversitario y COU, en los cursos comunes de las Facultades de Letras, no ha buscado nunca la mera formación de especialistas, sino que se ha dirigido a ampliar la sensibilidad y las experiencias de los alumnos, incluida la experiencia lingüística, desde luego.

Un movimiento de Estudios Clásicos por fuerza ha de orga-

nizarse en varios sectores. Debe crear una producción científica y literaria en cierto modo original, aunque se reparta en varias tendencias: es la que da vida y unifica todo el movimiento. De ella irradian, de una parte, las publicaciones y otras actividades dirigidas a un público amplio, destinadas a mantener una continuidad cultural, una solidaridad con nuestra cultura. De otra, la enseñanza en centros de Enseñanza Media y Universidades. Es un sistema complejo, susceptible de alterarse y degenerar si falla en cualquiera de sus partes.

Es preciso, pues, que este movimiento produzca especialistas e investigadores que creen algo nuevo, una interpretación de la Antigüedad Clásica unas veces para el hombre de hoy, otras para el de todos los tiempos; que produzca también publicistas, conferenciantes, traductores, ensayistas, hombres que hagan de puente con otras especialidades y otros círculos de ideas; y que produzca profesores. Naturalmente, estas tres orientaciones pueden coincidir en un solo individuo y puede también haber especializaciones.

En realidad, el todo se organiza en torno a un núcleo de profesorado bien preparado, que es indispensable. Por eso, decíamos, fue tan importante para el desarrollo de los estudios humanísticos en España el que, tras el plan de 1934, el de 1938, lejos de quebrar la continuidad, como en tantas otras esferas de la vida española, la mantuviera. Puede decirse, en realidad, que el plan de 1938 nunca se cumplió íntegramente: el Griego no llegó a formar parte del llamado Examen de Estado y en muchos centros privados era simplemente olvidado. En realidad, puede pensarse, quizá, que el paso dado fue demasiado abrupto, en un momento en que apenas existía profesorado de esta materia. Los mismos profesores de Griego pedimos, en un escrito dirigido al Ministerio en 1951, que el Griego se concentrara en una Sección de Letras, como así sucedió. De lo que no cabe duda es de que el plan del 38 hizo posible, por primera vez en España, la existencia de un profesorado de Griego y que puso las bases para el cultivo de esta lengua bajo los planes posteriores.

Hay que recordar que el profesorado de Griego simplemente no existía en 1939. El final de nuestra guerra nos sorprendió sin un solo catedrático de Griego en las Universidades ni, por supuesto, en la Enseñanza Media. En Latín, donde las circunstancias eran mejores, al profesorado había quedado, sin embargo, muy desmantelado. El Latín venía viviendo de una tradición que nunca había desaparecido, apoyado por su cul-

tivo en centros eclesiásticos y por su trascendencia para la lengua española. Tradición, a veces, mortecina y necesitada de renovación.

A los largo de los años que han transcurrido desde 1938, es un hecho evidente que tanto en Griego como en Latín, tanto en Enseñanza Media como en Universidades, se ha creado un profesorado que es, hoy, casi enteramente nuevo. Tal vez no nos corresponda a nosotros juzgarlo, pero es evidente que ha penetrado en él un espíritu de renovación y de modernidad. Es hoy la mejor esperanza de que las dificultades actuales pueden ser superadas, pese a que sobre su moral, sobra la moral de todos, han ejercido una influencia negativa las circunstancias de los últimos años, en que, paradójicamente, es en las Leyes y planes promovidos por las autoridades educativas donde hemos encontrado los mayores obstáculos y peligros.

Dicho esto, hay que añadir que al nuevo e importante papel otorgado por el plan de 1938 a las lenguas clásicas no correspondió en ningún momento una planificación de la formación del profesorado. Solo saltuariamente y en medio de improvisaciones se ha llegado, poco a poco, al panorama actual. Durante muchos años apenas salieron nuevos catedráticos de Universidad: continuaron los de Latín que habían sobrevivido a la guerra y solo muy lentamente se añadieron otros. Durante años y años las cátedras de Universidad salieron a oposición con mínima frecuencia, lo que llegó a traer por consecuencia que apenas hubiera tesis doctorales ni candidatos a las mismas. Recuerdo todavía los largos años que pasaron y los fracasos que sufrí hasta lograr que se leyera la primera tesis doctoral bajo mi dirección. Porque, en cambio, fue relativamente rápida la provisión de las cátedras en los Institutos, que absorbían al personal disponible; y ello sobre todo en los años de permanencia en la Dirección General de Enseñanza Media de don Ángel González Álvarez. Luego, inversamente, hubo una larga detención, de años, durante el Ministerio del señor Villar, en la convocatoria de oposiciones a Institutos. Esto fue un golpe muy duro para la Enseñanza Media.

En cambio, hubo, de resultas de ello, tesis doctorales y como ahora comenzaron a dotarse algunas plazas en Universidades, el movimiento se desplazó. La mayor parte de los alumnos mejor dotados que salían de las Secciones de Clásicas optaron ahora por hacer una tesis doctoral y dedicarse a la carrera universitaria. Ello abrió las puertas a la posibilidad de que se cubrieran dignamente las cátedras y agregaciones universitarias vacan-

tes; aunque, como sucede en estos casos, el péndulo fue más allá de lo que exigían las necesidades y las posibilidades. A una fase en que apenas se encontraban solicitantes a esas plazas, al menos solicitantes debidamente preparados, siguió otra en que el número de estos resultó excesivo para lo que el Estado podía o puede ofrecer. Hoy en día, en que la mayor parte de los puestos docentes de nivel superior de las Universidades en lo que concierne a nuestras materias están cubiertos, nos encontramos con que veinte y aun treinta y cuarenta candidatos firman la oposición a una plaza de Griego o Latín de Universidad. En ello influye, insistimos, el que la reanudación de las oposiciones a Institutos haya tardado tanto y las plazas que se anuncian, sean escasas.

Estas y otras son las vicisitudes que una planificación cuidadosa habría evitado y que, por lo demás, no son propias solamente de las Lenguas Clásicas. Pese a todo es bien claro que la situación ha mejorado. A las Secciones de Filología Clásica tradicionales, las de Madrid, Barcelona y Salamanca, se han añadido otras en Granada, Sevilla y Santiago, a más de las Autónomas de Madrid y Barcelona. Y hay ya catedráticos o agregados de latín y griego en casi todas las Universidades. Ciertamente que también en esto ha habido desigualdad: provisiones abundantísimas en Madrid, abandono con frecuencia de la periferia: alternativas del diluvio y la sequía. En esto como en todo, se ha echado siempre de menos una programación y un equilibrio. En cuanto a la Enseñanza Media, hay que decir que, aunque sea de esta manera a veces desigual y lagunosa, se ha llegado a una situación relativamente satisfactoria. Aunque habría que introducir muchas restricciones, aquí o allá, a esta afirmación, puede decirse que, con los planes de estudio hostiles a nuestras materias, el problema se ha desplazado: hoy está en encontrar puestos de trabajo a nuestros licenciados.

Este es uno de los aspectos dramáticos de los estudios clásicos en España a que aludíamos al comienzo: han respondido, aunque a veces tarde y con vacilaciones, al desafío que los planes de estudio favorables les presentaban, llegando en un momento dado a formar personal docente de que existía una gran necesidad. Y, al llegar este momento, un cambio imprevisible de la política educativa crea un clima general de desencanto y frustración.

Pero pasemos a otro capítulo de la reseña que hemos ofrecido. Me refiero ahora a la producción científica y de divulgación en este campo de estudios. Algo hemos adelantado sobre ello,

pero queremos concretar más, siempre dentro del programa que nos hemos propuesto de hablar más de obras y resultados que de personas. Prescindiendo de falsa modestia, no personal, sino colectiva, podríamos decir que es hoy aceptado en los medios culturales de nuestra nación el progreso en ella de los Estudios Clásicos. Una personalidad de tanto relieve como don Pedro Laín escribía hace poco en *Gaceta Ilustrada* que eran posiblemente los Estudios Clásicos y la Bioquímica las ramas de la Ciencia que más brillante cultivo habían tenido en nuestro país en esta etapa de su historia. Es bien claro que sí, en varios campos de las Humanidades, las heridas de la guerra nunca han sido, en realidad, sanadas satisfactoriamente, en Estudios Clásicos el progreso desde los años treinta hasta hoy es muy grande. Aunque no debemos olvidar que, como decíamos arriba, las bases estaban puestas desde los mismos años treinta.

Bastaría citar, por si alguien tiene duda, las dos grandes Bibliografías sobre los Estudios Clásicos en España publicadas por la Sociedad Española de Estudios Clásicos (de 1939 a 1955 y de 1956 a 1965; es de desear que se publique pronto la de 1966 a 1975, que no será inferior, sin duda). O los varios Congresos Nacionales celebrados, a los que se añade el Internacional de 1974. O, simplemente, algunas de las publicaciones.

A la labor iniciadora e incitadora del Instituto «Antonio de Nebrija», del C. S. I. C., continuador de la Sección de Filología Clásica del Centro de Estudios Históricos, se han ido sumando las diversas Universidades e Instituciones. Así, por lo que a las revistas se refiere, a *Emérita* han seguido otras como *Estudios Clásicos*, *Boletín del Instituto de Estudios Helénicos*, *Zephyrus*, *Habis*, *Cuadernos de Filología Clásica*, *Durius*, *Hispania Antiqua*, etc., sin citar las predominantemente arqueológicas. Los *Anejos*, del Instituto «Nebrija», que recogen estudios monográficos llevan publicados treinta y un volúmenes, veintiocho de ellos aparecidos después del año 39; y a ellos hay que añadir trabajos monográficos y libros publicados cada vez más por Universidades y centros diversos. Es más, hay que añadir el hecho satisfactorio de que, a partir de un cierto momento, ha sido posible publicar en editoriales privadas libros de Filología Clásica, de Historia, Literatura, Filosofía, etc., cosa que antes habría sido impensable. Y que, evidentemente, se venden, pues si no no continuarían publicándolos. Ello aparte de la labor importante y encomiable, que estas mismas editoriales vienen realizando con la publicación de traducciones de obras extranjeras.

Un punto y aparte merecen las ediciones y traducciones. No puede concebirse el cultivo de las Humanidades ni su influencia en el ambiente cultural de la nación en general sin que se cuente con ediciones y traducciones actualizadas. El año 39 nos encontró en España prácticamente sin ediciones de textos antiguos, si se exceptúa la benemérita colección Bernat Metge, que por lo demás no aspiraba en general a ser original a este respecto. En cuanto a traducciones, prescindiendo de esa colección y de obras sueltas, lo principal que había era la Biblioteca Clásica, dirigida por Menéndez Pelayo en tiempos. Prestó un buen servicio a la cultura del país, pero en una gran medida hubo de nutrirse de traducciones muy antiguas, incluso del siglo XVI, inadecuadas para nuestra sensibilidad por tanto.

En este terreno lo avanzado desde 1939 ha sido importante, pero quizá menos de lo que hubiera sido posible. Los Clásicos *Emérita*, primero y luego ediciones de varias editoriales, han suministrado textos comentados, aunque sin duda menos de los necesarios, a nuestros alumnos. Por otra parte, fue un esfuerzo importante el de la Editorial Alma Mater que, bajo la dirección del doctor Bassols, inició su «Colección Hispánica de Autores griegos y latinos». Esta colección, destinada a convertirse en paralelo de otras extranjeras bien conocidas, ha pasado por varias vicisitudes, dependiendo hoy del C. S. I. C. El balance —cuarenta y cuatro volúmenes— es satisfactorio sin duda, aunque habría sido mejor sin las varias crisis que ha atravesado y de las que no acaba de salir.

En realidad, en el capítulo de traducciones no ha habido buena suerte. Las bilingües del Instituto de Estudios Políticos, dedicadas sobre todo a Platón, quedaron interrumpidas; igual, la colección de traducciones de la Editorial Hernando, continuación de la Biblioteca Clásica. Hay luego ediciones sueltas aparecidas en diversas editoriales, a veces nuevas y satisfactorias; pero se siguen reimprimiendo todavía hoy día viejas traducciones de Heródoto, Platón o Aristóteles, por ejemplo, que hace mucho deberían haberse retirado.

En fin, es este un campo en el que, si se rehace la colección Hispánica y si salen adelante varios proyectos editoriales en curso, es fácil realizar una labor importante, pues es claro que hoy existen en España personas competentes para sacar a flote esta empresa.

Lo mismo puede decirse de otros varios campos. Así, es mayor que nunca hoy día la producción de tesis doctorales, a veces demasiado extensas y faltas del último pulimento, pero

en líneas generales valiosas. Es lástima que la crisis actual de la industria editorial y, en general, el aumento del coste de la impresión, esté últimamente repercutiendo desfavorablemente en la publicación de estos trabajos, casi imposible hoy día; como a ella hay que referir, en realidad, la falta de éxito en lograr que haya en España una gran colección de clásicos, el retraso en la aparición de las revistas, etc. De todas maneras, este es un problema que afecta a todas las Humanidades en general y que hay que esperar que antes o después quede resuelto, tal vez acudiendo a nuevos métodos de reproducción y difusión del libro.

Con todas las dificultades que pueda haber, la bibliografía española sobre Estudios Clásicos ha sido importante, podemos decir, en los últimos treinta y cinco años y ello es cosa generalmente reconocida. Hay obras españolas en este campo que han logrado un impacto de nuestro ambiente intelectual; se difunden, como decíamos arriba, obras extranjeras traducidas, ya manuales, ya monografías diversas sobre todo de tema histórico y literario; y basta ver el número de conferencias sobre temas clásicos que se celebran al cabo del año en una ciudad como Madrid para darse cuenta de que estos temas han dejado de contarse como patrimonio de los especialistas e interesan a un público más amplio.

No querríamos, sin embargo, dejar una impresión puramente triunfalista que sería, a más de fuera de ambiente actualmente e inmodesta, inexacta. Ya he apuntado las dificultades con que se ha chocado y se choca en cuanto a la creación de una gran colección de clásicos o a la publicación de las tesis doctorales. Tampoco hemos logrado tener una serie de manuales completos y al día. La publicación de los grandes diccionarios griego y latino patrocinados por el C. S. I. C. ha marchado, por una serie de factores no imputables a nosotros, con mucho retraso y solo ahora, por lo que respecta al griego, que dirijo yo, puedo anunciar que hemos concluido al volumen primero. Es, al menos, una satisfacción para nosotros poder anunciar para el plazo de un año la aparición de este volumen de una obra muy ambiciosa que ahora marcha, esperamos que definitivamente, de una manera regular y sin sobresaltos.

Aparte de esto, a veces da la impresión de que la producción española ha sido demasiado dispersa y anárquica; sino es que este es un defecto general y no solo español. Es terriblemente difícil vencer el individualismo y crear escuelas coherentes, lo mismo dentro de una orientación filológica más tradicional que

dentro de una más innovadora. En esto fueron más afortunados quienes, antes de 1936, dirigieron las grandes escuelas de investigación humanística del Centro de Estudios Históricos. Hemos chocado muchas veces con demasiado particularismo, demasiado mirar allá de la frontera desdeñando lo que se tiene al lado, demasiado aferrarse a esquemas tradicionales. Es esa mentalidad del principiante que atiborra sus páginas de notas eruditas y sigue carriles bien trazados, por miedo a perderse, la que, en España y fuera de España, obstaculiza con frecuencia la creación de vías nuevas y fecundas. Se une a veces a una idolatría del dato, de las pequeñas minucias, y se llega a un divorcio respecto a la visión general y profunda propia del humanista. Y sucede, otras veces, que el cultivo de unos estudios pese a todo minoritarios y que no dan grandes honores es con frecuencia difícil de compaginar con tantas obligaciones y tensiones como padece hoy el profesorado, con tantos obstáculos y tantas tentaciones. Da la impresión, en ocasiones, de que el desarrollo de nuestros estudios en España, que ha sido evidentemente importante, habría podido serlo mucho más aún en un ambiente menos tenso de presiones y en que se valorara más la Ciencia y menos otras pequeñas vanidades.

La variedad de intereses, de escuelas y de métodos en que se mueve nuestra Filología clásica nos parece normal y útil y, por lo demás, no difiere demasiado del panorama general fuera de España. Pero tal vez sea sensible una cierta desproporción entre los estudios de detalle filológico o lingüístico y los de orientación literaria o humanística; entre la repetición de métodos tradicionales, que a veces en ciertas parcelas han dado de sí todo lo que tenían que dar, y la creación de otros nuevos; entre los inicios y primicias, las promesas y las grandes obras colectivas o individuales. Sin despreciar, en absoluto, la investigación de tipo tradicional ni el minucioso trabajo filológico y lingüístico, parece evidente que una ciencia de la Antigüedad Clásica que aspire a tener repercusión fuera del ámbito cerrado de sus cultivadores debe caracterizarse por su creatividad, por su ambición, por su apertura para dejarse fecundar por ideas modernas. Por supuesto, de todo esto se encuentra en nuestra Filología: es ya, tal vez, subjetivo el calibrar en qué medida es o no su elemento dominante y yo no hago más que expresar un pensamiento puramente personal cuando digo que, con todos sus éxitos y progresos, hay una serie de factores ya generales, ya particulares nuestros, que han dejado sentir a veces un peso negativo.

Pero, en fin, nuestro mundo y el mundo actual son como son: es difícil que hoy un Mommsen o un Wilamowitz hubieran podido producir una obra tan gigantesca. Con todas sus insuficiencias y atavismos, la Filología Clásica española puede hoy colocarse más o menos a la altura de otras Filologías, en España y fuera de España, e incluso está comenzando a traspasar la barrera de la lengua española, especie de barrera del sonido después de tantos años y aun siglos de inexistencia o de existencia crepuscular nuestra en el mundo del saber. Tal vez pudiera alguien decir que nuestro mérito al alcanzar ese nivel es menor, porque si nuestra Filología ha progresado, la Filología a escala mundial se mueve hoy día a un nivel sin duda brillante, pero ha disminuido, es bien claro, el ritmo de su andadura. Pero ya es importante que, con todos los factores que en nuestra época afectan tan desfavorablemente al trabajo de libre creación científica en el campo de las Humanidades, la Filología Clásica se mantenga, en España y en las naciones que están a la cabeza de nuestra cultura, a un nivel que asegura su presencia en el panorama general de los estudios sobre el hombre. Y que, allá y acá, aunque sea intermitentemente, ayude a los mejores espíritus a lograr una mejor comprensión de ese mismo hombre, dentro del marco de su historia.

Este es el panorama, que no quiere ser optimista ni pesimista, sino sincero, de nuestros Estudios Clásicos, dentro del cuadro global de estos estudios en el mundo. Y es el momento de volver al tema de que hablábamos al comenzar: el tema de los planes de estudios, que es el tema del papel que ha de jugar la cultura clásica en un inmediato porvenir. Tema importante no ya porque nos aboca a perder todo influjo de una labor científica, sino porque nos aboca a perder todo influjo en la cultura general y a dislocar esa cultura, aislándola y empobreciéndola. Esta es la trascendencia, esta es la cuestión. Cuando el Griego y el Latín corren el riesgo de convertirse, en cuanto a su repercusión cultural, en un equivalente del asirio-babilonio o del malayo-polinesio parece que lo que está en peligro no es tanto el Griego y el Latín como la cultura entera. Salvo que ya no se puede avanzar más allá en esa línea de desintegración y se esté a punto de iniciar la carrera de vuelta en el estadio.

Pero vayamos por partes: querría dar una idea objetiva de lo sucedido con el Griego y el Latín en los planes de estudio de la Enseñanza Media y la Universidad a partir del plan de 1939, por otra parte, como decíamos arriba, nunca enteramente en vigencia.

El primer ataque procede ya de la época del Ministerio que siguió al del señor Ruiz Jiménez, a saber, el del señor Rubio y García Mina. Consistió en eliminar el Latín del Bachillerato Elemental que se explicaba en las Secciones Filiales, recién creadas, de los Institutos de Enseñanza Media, así como en el Bachillerato Nocturno. Contra esta medida, plenamente disonante de lo que disponía la entonces vigente Ley de Educación, se movió en vano la Sociedad Española de Estudios Clásicos, que en un escrito que dirigió al Ministro con fecha de 5 de noviembre de 1956 veía en esta medida, con razón, un precedente muy peligroso: la consecuencia a largo plazo fue, efectivamente, la eliminación del Latín en el Bachillerato Elemental en la Ley de Educación de 1970. Lo más grave de la medida, sin embargo, era el pensamiento a que respondía: en el fondo, ligaba la extensión de la Enseñanza Media, entonces comenzada, a la degradación de los niveles y estimaba implícitamente que las nuevas clases sociales que accedían al Bachillerato eran menos aptas que las que tradicionalmente lo cursaban para aprender Latín. Este falso dilema entre extensión de la enseñanza y el aprendizaje de la cultura clásica es el que, en España y fuera de España, ha hecho más contra ella.

Con todo, el Latín se mantuvo como obligatorio en el Bachillerato Elemental: con esa excepción, bajo los Ministerios de los señores Rubio y Lora Tamayo, siguió vigente el plan Ruiz Jiménez, de 1953. Su balance no fue desfavorable, como quedó indicado más arriba. Lo que en el Bachillerato Superior se perdió en extensión, al reducirse las lenguas clásicas al Bachillerato de Letras, se ganó en intensidad, gracias sobre todo a la favorable organización del Curso Preuniversitario.

En cuanto a la Universidad, la situación permaneció estable. En la reunión de Facultades de Letras celebrada en Granada en 1963 no se logró la obligatoriedad del Griego en Estudios Comunes, donde la opción del árabe causaba graves problemas a la elevación del nivel de la enseñanza; pero tampoco prosperaron tendencias contrarias. En términos generales fue durante este periodo que se extiende de 1951 a 1970 cuando se incrementó la formación del profesorado, se crearon nuevas Secciones de Clásicas, aumentó el número de publicaciones y su nivel científico. Nos hallamos ante la culminación de lo que había comenzado a surgir, sobre bases anteriores, en 1939; y, al mismo tiempo, ante el punto de giro a partir del cual se entra en la situación conflictiva en que todavía hoy nos encontramos.

No es preciso recordar, pienso, todos los detalles de las polémicas y la lucha en torno a la nueva Ley General de Educación finalmente aprobada en 1970. Baste saber que en el anteproyecto dirigido a las Cortes por el Gobierno las lenguas clásicas no eran siquiera mencionadas. La campaña de la Sociedad Española de Estudios Clásicos tuvo gran éxito al lograr que la Comisión de Educación de las Cortes incluyera en el texto definitivo la obligatoriedad del Latín en el nuevo Bachillerato, el correspondiente al antiguo Bachillerato Superior; e incluyera también la mención expresa de que «entre las materias optativas... figurará necesariamente la lengua griega».

Pero por segunda vez en nuestra historia más reciente, después del choque de 1956 a propósito del Bachillerato filial y nocturno, los representantes de las Humanidades clásicas en España habían entrado en conflicto abierto con las directrices de las autoridades educativas, continuadoras de aquellas otras autoridades educativas que, años atrás, habían favorecido precisamente a esas mismas Humanidades clásicas. Algo había cambiado, y cambiado muy profundamente.

En realidad, todo lo que ha sucedido de entonces a acá estaba ya implícito en la ley de Educación. Durante el propio Ministerio de Villar Palasí se dio una reglamentación del COU, a todas luces precipitada, puesto que se aplicaba a alumnos que hubieran debido seguir el plan anterior, en la cual las lenguas clásicas eran colocadas como opcionales al lado de una multiplicidad de materias de muy inferior dificultad, que los alumnos elegían en su mayoría. Fue el primer desastre para la enseñanza del Latín y el Griego. Desastre que tenía la consecuencia de ampliar los portillos que ya desde antes venían abriéndose para que entraran en las Facultades de Letras alumnos sin Latín ni Griego, que contorneaban de un modo u otro el examen de Preuniversitario. Las consecuencias para el nivel de los estudios clásicos en las Facultades son totalmente evidentes.

A todo esto respondía el pensamiento de que las lenguas clásicas no eran centrales ni siquiera en la formación del hombre de letras. Cuando, bajo el Ministerio siguiente, el de don Julio Rodríguez y siendo Director de Universidades el señor Suárez, la libertad de las Facultades para establecer sus planes fue estrechamente encasillada dentro de una Orden Ministerial que, en la práctica, echó por tierra gran parte de lo propuesto por esas mismas Facultades, no se hacía con ello más que seguir esas ideas. Aunque, para decir toda la verdad, a partir de los planes propuestos por las dos Universidades de Barcelona, sobre

todo del llamado plan Maluquer, algunas Universidades estaban dispuestas ya de por sí a seguir por ese mismo camino.

Hoy, dentro de la gran variedad de planes vigentes en las Universidades, en estado constante de revisión por otra parte, el hecho es que por factores diferentes, ya procedentes de las mismas Universidades, ya de condicionamiento o retoques ministeriales, las lenguas clásicas han sufrido en las Facultades de Letras un golpe muy duro. En líneas generales suele mantenerse un año obligatorio de Latín en las llamadas Divisiones o Facultades de Filología y a veces uno también en las de Historia, aunque últimamente va siendo eliminado en una Universidad después de otra. En cuanto al Griego, cuando no ha sido pura y simplemente eliminado, ha quedado reducido en la práctica, con pocas excepciones, a los alumnos que van a las Secciones de Filología Clásica. La más optimista posibilidad que se nos deja es extenderlo durante un año a todos los alumnos de Filología, como opcional con el árabe.

Más grave aún es, por lo que al Griego respecta, lo sucedido últimamente en la reglamentación del Bachillerato bajo el Ministerio actual. Puede decirse en cierto modo que, sobre la base del año obligatorio de Latín establecido por la Ley de Educación, la enseñanza de esta lengua se mantiene con cierta dignidad, apoyada en la posibilidad que se da a los alumnos de ampliarla con otro año más y todavía un año de COU. En cambio, la opción de Griego se deja en forma tal que, sin entrar en detalles, todos los profesores están de acuerdo en que significa su virtual eliminación en un plazo de años, si no se rectifica a tiempo. Es una opción meramente formal, mientras que, en cambio, las Matemáticas se convierten en obligatorias para todos los alumnos durante todos los años de la Enseñanza General Básica y del Bachillerato. La nueva reglamentación del COU, algo más favorable, deja una opción del Griego más real en un momento en que es difícil que tenga ya ninguna efectividad.

¿Qué ha pasado en España para esta inversión del panorama, sobre todo en lo relativo al Griego, en que los esfuerzos de los defensores de las lenguas clásicas han tenido menos éxito? Tal vez convendría dedicar al tema unos momentos de reflexión.

Los que hemos asistido a las innumerables Juntas y reuniones sobre planes de estudios de estos años pasados, hemos visto que, aparte de chocar con dificultades prácticas de programación, chocábamos sobre todo con una mentalidad perfectamente articulada. Es la mentalidad de que la educación, que antes consistía

en hacer asimilar a los alumnos una serie de conocimientos y de modos de pensar y de sentir dentro de una tradición cultural, es más bien un aprendizaje de técnicas formales, de «lenguajes»: la Matemática como lenguaje de la Ciencia, el español como lenguaje de la comunicación en general, las lenguas extranjeras como auxiliares de uno y otro cometido. La educación, en esta concepción, es totalmente aséptica frente a todo contenido de ideas o sentimientos: no ya para imponerlos, sino para darlos a conocer. Frente a lo que sucede en los países árabes o en la India, celosos de su tradición, los organismos internacionales, la UNESCO en primer término, y los pedagogos que patrocinan estas concepciones, imaginan una educación válida para todos los países y lugares, destinada únicamente a que, con posterioridad, se puedan asimilar una serie de conocimientos empíricos. Todo lo más, ya desde el Bachillerato se considera útil imbuir a los alumnos algunos conocimientos científicos en el campo de la Física, la Química, la Biología.

Puede pensarse que exagero, puesto que, después de todo, hay Historia, Literatura, Filosofía en los planes de Bachillerato. Es cierto que hay estas materias: como también hay Latín. Pero es que los planes son un compromiso entre los dictados de los ideólogos que redactaron el anteproyecto de la Ley de Educación y la existencia de voces que han defendido la necesidad de que se enseñen esas materias e, incluso, si se quiere, la existencia de un profesorado de las mismas. Es sabido que hay pasajes del anteproyecto en cuestión que coinciden literalmente con Leyes de Educación de estados americanos o africanos. Es sabido que la Literatura española solo gracias a una gestión de la Real Academia Española se hizo obligatoria en el nuevo plan de Bachillerato. Del Latín ya he hablado antes: sin la Sociedad Española de Estudios Clásicos no estaría hoy donde está. Y no es desconocido el hecho de que un préstamo del Banco Mundial se condicionó a una determinada planificación: concretamente, a la desaparición del Latín de la Enseñanza Básica.

No queremos juzgar personas ni actuaciones concretas, pues no es el momento todavía de hacer, sobre datos y documentos precisos, la historia de lo que ha sucedido estos años en la Educación española. Hablamos solo en términos generales y abstractos: hablamos de un ambiente que pesa sobre quienquiera que cargue sobre sí la espinosa tarea de velar por la educación en cualquier nación occidental, en estos momentos. Un ambiente que cuenta a su favor con instituciones internacionales

y con todo un pensamiento bien estructurado y una presión social importante. Hay en él factores positivos como son la búsqueda de una elevación cultural general, de la rotura de todo particularismo. Solamente, el peligro es que se arriesga el separar la cultura europea de sus raíces y el privarla de aquello que es común patrimonio de toda ella.

Nos hallamos, en suma, ante una mentalidad ahistórica, universalista al nivel de lo puramente formal, es decir, del lenguaje, así como de las disciplinas científicas, universales por definición. No admite que entren los datos de una cultura como la cultura clásica, ni siquiera en lo que tiene de universalista, de dirigido al hombre en general. Cuando transige con la Historia es para reducirla a Sociología y cuando transige con la Filosofía es para reducirla a Psicología: a estudios científicos, experimentales y cuantitativos casi siempre, de nuestros grupos humanos y nuestras sociedades. Pero nada más.

Tal vez en un estado no tan puro como el que he descrito esta mentalidad tiene vigencia, hay que reconocerlo, en muchas cabezas. Y coincide en cierto modo con una mentalidad popular de corte con la historia, de pérdida de contacto con todo lo que no sea un partir desde cero. Y con ideologías, de signos muy enfrentados por lo demás, que buscan lograr un impacto en la práctica y que utilizan el pasado, cuando lo utilizan, más bien como arma de combate que como otra cosa. No es extraño que, aquí y en todas partes, deje sentir su peso sobre los que planifican la enseñanza.

Es por esto por lo que decíamos que la crisis de las Humanidades clásicas es la crisis de toda la cultura humanística en general. Se trata de saber si nuestra Humanidad ha de disolverse en una ideología de puro consumismo igualitario y hedonista o de puro igualitarismo planificado o si contamos con una historia y una experiencia, con unas constantes todavía válidas dentro de su rica multiplicidad. De si estamos solos con unos cálculos racionales o una dinámica de la producción, el dinero y el consumo o si formamos parte de una Humanidad que tiene una ya larga Historia y que ha vivido múltiples veces experiencias que son menos nuevas de lo que se piensa. De si el pensamiento y la literatura han de continuar afinando nuestra crítica y nuestra sensibilidad o sin son, todo lo más, instrumentos de acción y planificación. O puro escapismo o puro elemento de desintegración, otras veces.

Frente a todas estas posiciones, las Humanidades clásicas han sido históricamente un elemento crítico y de apertura, cier-

tamente, pero también una escuela de pensamiento y de sensibilidad, centrada en valores generales, propios a todos los hombres. Presentaban al hombre como algo estable y constante en lo esencial, aunque incluían los elementos de crítica y creatividad precisamente entre esas constantes del hombre, rehuendo todo inmovilismo acartonado. Al menos, en manos de sus mejores cultivadores, que han sido, además, los más influyentes.

Es esta la razón de que los que cultivamos las Humanidades clásicas hayamos visto, a veces, con aprensión y tristeza, la actitud de los representantes de otras ramas de las Humanidades. Es el momento de decir lo que nos ha dolido la actitud de muchos especialistas de esta o aquella rama de las Letras, de la Historia sobre todo, que pensaban que el espacio conquistado al Latín o al Griego podía ser utilizado para aumentar los conocimientos especializados de los alumnos que cursaban o iban a cursar esos otros estudios. Se escandalizaban, por ejemplo, de que un alumno que tuviera vocación por la Historia moderna hubiera de pasar por varios cursos de Griego. No sé si hoy se escandalizarán porque el Griego, en el Bachillerato, haya sido desplazado no por sus propias materias, sino por las Matemáticas.

De una parte, el Griego y el Latín siguen siendo indispensables para el cultivo de la Historia —incluso de la Historia moderna, en latín están redactadas tantas obras sobre la América recién descubierta—, de la Filosofía, del Arte incluso. Pero más importante que este punto de vista, pensamos, es aquel otro de que las lenguas clásicas son el punto de coincidencia y de partida, al tiempo, de todos los pueblos de Europa y, por tanto, hoy día en que, quiérase o no, la cultura de origen europeo se impone en todas partes, de todos los pueblos del mundo.

En último término, el criterio de favorecer en la Universidad el estudio de especialidades concretas, con la mayor profundidad posible, sería aceptable si desplazáramos al Bachillerato el acento puesto en las Humanidades clásicas. Si fuera realmente posible que los alumnos de Letras que accedieran a la Universidad llevaran unos conocimientos de Latín y Griego, podríamos admitir de buen grado que en la Universidad el Latín y el Griego solo se profesase en la forma específica que requieren algunas especialidades de la misma. Mientras ello no sea así y asistamos, al contrario, a un desmantelamiento de las posiciones que las lenguas clásicas ocupaban en el Bachillerato, parece que esa manera de razonar no es correcta.

Pues no es posible, a la larga, salvar a una parte de las Humanidades echando a otra por la borda: y precisamente a aquella que es la base de todas, su original punto de referencia.

Es de esperar que las tendencias puramente pragmatistas y formalistas que llevan ya años adquiriendo cada vez mayor vigencia acaben por ser reconocidas insuficientes. Y que los especialistas de otras ramas de las Humanidades reconozcan que, por muy importantes que sean sus materias, ello no debe ser argumento para disminuir el papel de unos estudios que están en la base de toda nuestra formación cultural. Como es esencial también que deje de verse un dilema entre las exigencias de la extensión de la enseñanza y las lenguas clásicas. En la Enseñanza Media, en los Estudios Comunes, en la Universidad a Distancia hemos podido comprobar una y otra vez, y otros colegas nuestros igual, que las lenguas clásicas, si se enseñan correctamente, son accesibles a todos los públicos y son aceptadas por éstos. ¿Por qué cuando se extiende la cultura, dejarla huérfana de uno de sus productos más refinados?

En esta hora indecisa de España las lenguas clásicas están en el trance de consolidarse o de perderse. Disponen de profesorado, gozan de un cierto prestigio intelectual pese a todo, pueden ir fácilmente a más a poco que se las apoye. Pero también hay respecto a ellas prejuicios, tal vez en parte por culpas o insuficiencias nuestras y por la dificultad misma del momento histórico. Pende sobre ellas la espada de Damocles de los planes que producen en tantos profesores tristeza y desmoralización, hasta el punto de que hay que confesar que la defensa frente a la última reforma ha sido más débil que la que se desplegó frente a la Ley de Educación. Haría falta que el horizonte se aclarara, para poder trabajar con calma y sin angustia; haría falta que, sobre todo por lo que respecta al Griego, viniera pronto un cambio, pues la situación actual no puede resistirse largo tiempo sin grave daño.

Y ello no solo por las razones dadas hasta aquí. Se añade que las situaciones de penuria de horario a que nos vemos reducidos tienden a desarrollar, como respuesta, las que en otra ocasión he llamado pedagogías de la desesperación. Es bien cierto que hay quien ha enseñado, y sin duda enseña, mal el Griego y el Latín y que deben hacerse esfuerzos por evitar esto, que tanto nos ha perjudicado. Pero no lo es menos que los métodos que se han intentado aquí y allá —pues nuestra situación no es única, en varios países de Europa existe una parecida— para enseñar un mínimo de Griego o de Latín por proce-

dimientos directos, a la manera de las lenguas modernas, son, en primer lugar, de escaso resultado en cuanto se va más allá del estadio más elemental. Y, en segundo lugar, están destinados a lograr un conocimiento de un nivel práctico, elemental, de las lenguas, pero no a dar un nivel suficiente para la comprensión de textos literarios, que es nuestro objetivo.

Nada sería más nocivo que perder de vista los fines de la enseñanza de las lenguas clásicas. Se trata de una enseñanza que busca desarrollar, más que capacidades de asociación mecánica, capacidades intelectuales; que busca no una asimilación de la lengua conversacional, sino una comprensión de obras literarias.

Tampoco es una solución abandonar la enseñanza del Griego y el Latín, reduciéndonos a la enseñanza de traducciones: lengua y obra son indisolubles y, además, este expediente duraría poco tiempo. Ni es cierto que pueda desligarse la suerte de las lenguas clásicas en la Enseñanza Media de su cultivo científico: puede que sí en un cierto sentido, pero se trataría de un cultivo de puros especialistas, no de algo con repercusión general. El *ghetto* nos dañaría tanto como dañaría a la repercusión de nuestra Ciencia en el resto del panorama cultural.

Así, en definitiva, quienes hemos estado ligados a estos estudios durante un lapso de tiempo tan largo ya, no admitimos ni fáciles consuelos ni simplificaciones engañosas. Pensamos que el esfuerzo hecho durante este tiempo, esfuerzo quizá a veces con lagunas y contradicciones, es importante y no debe perderse. Vemos con aprensión ciertas corrientes que se transforman implacablemente en una legalidad que se nos impone mal de nuestro grado. Y esperamos que, pese a todo, la solidez de lo construido lo defienda de temporales que deseamos sean pasajeros. Lo deseamos no solo en beneficio de nuestros estudios, sino también en el de la educación en general y en el de toda nuestra tradición cultural, de la que los estudios clásicos son solamente una parte.

Aquí y allá comienza a vislumbrarse un movimiento que pone su acento en la importancia de lo puramente formativo y humanístico, que debe mantenerse al lado de lo puramente formal, lo puramente científico y lo puramente pragmático. Dentro de esa corriente, que aquí llega, como tantas cosas, tarde, habrá que idear fórmulas que hagan compatibles las diversas finalidades, y necesidades de la enseñanza. Sean cuales sean esas fórmulas concretas, lo que resulta de absoluta necesidad para que las lenguas y culturas clásicas pueden ocupar en ese cuadro reno-

vado el papel que les corresponde, es acabar con la situación de precariedad, de discusión perpetua, de regateo de mercado, que nos ahoga y esteriliza. En el marco que sea, para muchos alumnos o para pocos, el Griego y el Latín, las lenguas en torno a las cuales ha nacido nuestra cultura, deben poderse enseñar con profundidad, no en un cuadro mínimo que los hace perder valor y casi, casi, a veces, da la razón a sus objetantes.

Esta es, pensando en el futuro, la cuestión. Pensando en el pasado más próximo, que era el tema central de esta conferencia, creemos que, con sus luces y sombras, los Estudios Clásicos han ocupado un papel importante en el panorama cultural de estos treinta años. Solo personas obsesionadas con planteamientos pragmáticos y miopes que juzgan sobre la utilidad e inutilidad de las enseñanzas con criterios desfasados, podrán lamentar este hecho. En el momento actual mismo, el peor por que han pasado nuestros estudios desde hace mucho tiempo, conservan una base que hace posible su mantenimiento y progreso, a poco que se los deje desarrollarse en tranquilidad. No aspiran a un monopolio, sino a inyectar en nuestra cultura un fermento de universalismo y de solidaridad con la tradición cultural europea; a hacerla más comprensible y viva. Y ello sin implicaciones ideológicas concretas pues los clásicos, en su rica variedad, han acompañado a muchas formas de pensar y de sentir y se unen a todas en aquello que es más generalmente humano.

*Francisco Rodríguez Adrados*